

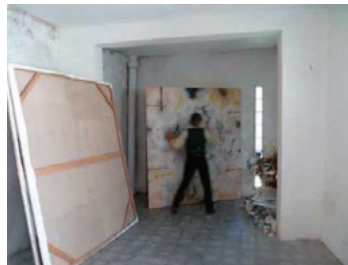


FRANCISCO CORCUERA

## “EXPOSICIÓN INDIVIDUAL”

*ASÍ DE SIMPLE Y SIN PRETENSIONES. ESE ES EL TÍTULO DE LA MUESTRA QUE EL ARTISTA CHILENO EXPONE ACTUALMENTE EN LA ROSENFELD PORCINI GALLERY, EN LONDRES. CAMILA JORQUIERA TUVO LA OPORTUNIDAD DE CONVERSAR CON ÉL EN TÁNGER, DONDE RESIDE HACE 10 AÑOS. AQUÍ UNA CRÓNICA DE ESA ENTRETENIDA JORNADA*

Por: Camila Jorquera Stagno / Fotos: Germán Desmedt



**F**

Francisco de Corcuera es un pintor chileno, aunque al oírlo hablar, pareciera ser un barón. “These are my friends Carla and Stephen”, me dice entrando a la Cinémathèque Française de Tánger. Presento a mi amigo Agustín y nos sentamos los cinco en una mesa. Francisco ordena una Coca Cola Light, los demás, té de menta. Por las ventanas del café se alcanzan a ver petits taxis, vendedores ambulantes y transeúntes en djellabas: el ajeteo habitual de la Plaza Grand Socco. Hacia el sur de la plaza, caminantes cruzan pequeños portales y desaparecen en la confusión de La Medina; hacia el norte, la ciudad nueva se extiende detrás de la mezquita Sidi Bou Abib y los jardines Mendoubia. Nos encontramos en un edificio renovado para albergar al cine independiente más importante de Marruecos. “Aquí se junta mucha juventud a conversar”, dice Francisco, “aunque la sala de cine esté siempre vacía”. Los jóvenes no vestían djellabas, la túnica tradicional árabe, sino que jeans. “No me digas que llegaron aquí en avión”, exclamó Francisco. “¡Qué horror! Yo no me subo a un avión ni muerto”.

Hace más de 30 años, Francisco Corcuera decidió instalarse en Tánger. Muchos pintores se han aventurado a explorar las posibilidades del paisaje norteafricano, como el francés Eugene Delacroix, que en 1890 encontró en los marroquíes y sus costumbres un equivalente visual a la antigüedad clásica. A Tánger, los artistas llegan sobre todo a partir de los años 20, cuando Francia comienza a gobernar la ciudad junto a otras potencias coloniales europeas. Más tarde, intelectuales de la generación Beat, se instalan en busca de una vida más económica y más exótica. Bajo las bondades del absentia y el hachís, escritores como William S. Burroughs y Paul Bowles, convirtieron a este puerto libre en un oasis bohemio, mientras poco a poco las drogas, el contrabando y la prostitución florecían en la zona internacional, a menos de 5 kilómetros de España. La sociedad intelectual extranjera de Tánger, aun si es hoy un vestigio de esos “años dorados”, ha sobrevivido gracias a aquellos que se han establecido a lo largo del siglo XX, entre ellos el diseñador Yves Saint Laurent, el artista chileno Claudio Bravo o el famoso anticuario Christopher Gibbs. También se valora la presencia de personalidades en tránsito, como el reciente paso de la rockera Patti Smith. “Tánger está siempre en el medio de un autoconplaciente evento Beat, pero si te bancas 20 años aquí, siempre ocurren cosas extraordinarias, como ver tocar en privado a la señorita Smith, aunque ella tenga poco y nada que ver con la generación Beat”, agrega el artista. Caminando hacia la Kasbah, Francisco habla acerca de sus amigos: “Conocen a Roberto Peregalli”, pregunta. El creador del prestigioso Studio Peregalli, arquitecto, prolífico decorador y filósofo cuenta con algunos cuadros suyos en su colección. En el libro “Sitios y polvo: sobre la belleza de la imperfección”, Peregalli desarrolla la idea de la memoria propia del objeto y del fenómeno de la nostalgia en lugares del pasado. Francisco dice que su hogar solía ser una muy antigua casa de pescadores, y aunque esté renovada, es incómoda y húmeda como todas. Pero a fin de cuentas pareciera que lo importante es que está hecha con la “aristocracia de la piedra”, y no con ladrillos, como si los lugares antiguos estuviesen impregnados de “mucho humanidad”, aun si es “el olor a pata de los romanos”. Ya cerca de la Kasbah, Francisco comenta: “¿Sabían que dar en árabe significa



casa?". En la entrada de la suya estaba inscrito "Dar-Ling", palabra anglosajona para querido, adorado y consentido.

"Duni, ayúdame a mover este cuadro", le dijo a mi amigo Agustín y ambos tomaron una tela grande, con un bastidor pesado. Habíamos subido por una escalera de muros blancos y estrechos, antigüedades y libros se asomaban por todas partes. Una vez el cuadro bajo la luz, nos preguntó qué pensábamos de él. Distraída, mirando los pinceles, la estantería de libros y un autorretrato en estilo colonial en el pasillo, contesté: "Tiene un lenguaje...". "Por favor no me hables de lenguaje", dijo, "eso es como hablar de la obra, o del concepto." Y se rió con ganas.

No dije más y me concentré en el cuadro instalado bajo la luz. Muy pronto todos los cuadros serían transportados a Londres para una exposición individual en la Galería Rosenfeld Porcini. En el libro editado para la ocasión, se puede leer la siguiente descripción: "Planos de tiempo, modelos arquitectónicos, patrones cósmicos, fórmulas universales, las pinturas de Francisco Corcuera trazan las posibilidades de cambio". Bajo la luz y entre matices grises y azules, se distingue la construcción de un espacio tridimensional, como si a la planta de una casa se le afilaran sus cortes y elevaciones a mano sobre una mesa de dibujo. Además, pequeños elementos tridimensionales, redondeados o alargados, se adhieren a las mallas ortogonales, apareciendo o desapareciendo detrás de nubosos blancos, negros, azules y colores tierra. Estos elementos, tal como la mimesis de un pedacito de scotch en la esquina inferior, no hacen más que acentuar

el trompe-l'oeil: la ilusión óptica de que los objetos representados existen en tres dimensiones. En un juego que busca confundir la percepción del espectador, el trompe-l'oeil se torna de pronto en una sensación general, sobre todo al enterarme de que Francisco no sólo es pintor, sino que además es pianista y poeta. "Te voy a regalar un libro de poemas míos", me dice, "se llama The Ever Mirrored Glass, y es sobre la idea del espejismo reflejándose en un espejo al infinito".

No se habló más sobre las ideas subyacentes a su pintura, sino que de diversos otros temas, aceptando la conversación como única fuente de conocimiento. De cualquier forma, es siempre a partir del oficio que Corcuera incursiona en la problemática de la representación y es mirando su pintura, leyendo sus poemas y escuchándolo tocar jazz, la forma de entender su visión. Un rol sustancial juega el escenario circundante; su casa, más que un conjunto de muebles entre muros, es un todo que puede "leerse", y que al igual que su pintura, ha sido embellecida por "la pátina elegante del tiempo".

También hablamos acerca de su antigua vida en Nueva York, Quito y Estocolmo y que luego de todo eso, Francisco Corcuera decidió instalarse en Tànger. Una decisión quizás exótica, aunque no por su extravagancia, sino por la búsqueda incesante de un centro descentrado o, simplemente, de un centro diferente, algo inesperado viniendo de alguien que no puede subirse a un avión. ▲

**DÓNDE: ROSENFELD PORCINI GALLERY, LONDRES. 8 DE MAYO AL 22 DE JUNIO**

2013. Francisco Corcuera.  
Revista Casas, 87: 26-28.